

---

Juanjo Ruiz Rodríguez

“QUISIERA haber estado en los lugares en donde tú estuviste, en todos los lugares donde hay acaso aún o sobrevive un fragmento de ti o de tu mirada. ¿Sería este vacío tuyo lacerante lo que hace de pronto un espacio lugar? ¿Lugar, tu ausencia?”.

José Ángel Valente.

“La suerte de la razón del vencido es convertirse en semilla que germina en la tierra del vencedor”<sup>1</sup>.

María Zambrano.

## La «dama errante»: María Zambrano, la mujer y el errar.

### 1. Previos.

**A**proximarse a los textos de María Zambrano es siempre una tarea difícil. Y lo es aún más cuando intentamos dirigir nuestra mirada hacia un tema específico, hacia un problema concreto. Cuando creemos que estamos apunto de entender una de las categorías<sup>2</sup> de su pensamiento nos encontramos con otra que, apareciéndose en forma de figura, desvía nuestra atención. Así

pues, y ante el temor de perdernos en esa espiral de pensamiento, se hace preciso un cierto alejamiento, una cierta distancia (como si, ante el encantamiento que provoca la lectura de sus escritos, una voz lejana nos susurrara: “Haz el favor de no tocarme...”<sup>3</sup>). Y será desde esta necesaria distancia, desde donde se nos posibilite recuperar, de un modo objetivo, su propuesta filosófica concreta. Concreta porque aquí nos interesa un problema determinado: la relación que se establece entre el *errar*, tomado este término en su doble acepción, es decir, como TRÁN-

#### Notas:

<sup>1</sup> *El hombre y lo divino*, Madrid: Siruela, 1991(p. 86).

<sup>2</sup> De hecho, María Zambrano matiza que “Espacio y tiempo son categorías últimas del universo mirado por el hombre. Y aun se podría añadir que se han dividido la atención de los mortales, divididos y aun escindidos, a su vez en dos categorías: los fascinados por el espacio y los atraídos por el tiempo”; es decir, los aristotélicos y los pitagóricos, los atraídos por el “*logos-palabra*” y los atraídos por el “*logos del número y de la música, que es igualmente el del silencio*” (Op. cit. “*La condena aristotélica de los pitagóricos*” pp. 75-117)

<sup>3</sup> *Noli me tangere* sería la expresión correcta. Locución que aparece en varias ocasiones en los textos de Zambrano, siempre haciendo referencia a ese espacio que despierta la necesidad de detenerse (Ver Op.cit. p. 142, y también *Las palabras del regreso: artículos periodísticos 1985-1990*, ed. de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca: Amarú Ediciones, 1995; pp. 31 y 214).

sito y como equívoco<sup>4</sup>, y la cuestión de la mujer.

Después de este encuadre previo, es preciso antes de centrarnos en el tema en cuestión, una última matización, ahora sobre el título dado a estas páginas. 'La dama errante' es el nombre que da Alain Guy, en su Historia de la Filosofía española, al tratar el pensamiento de Ortega y Gasset y la Escuela de Madrid, al epígrafe con el que se inicia una breve exposición de la filosofía de María Zambrano. Y bajo este encabezamiento, de un modo muy escueto, se hace un recorrido por algunos de los países y ciudades en los que, a partir de 1936, vivió; haciendo hincapie en cómo María Zambrano "ha sabido interiorizar admirablemente su dura experiencia del exilio"<sup>5</sup>.

## 2. El errar y la historia.

Aquí, y aunque se utilice la misma expresión de Alain Guy, no se pretende narrar los hechos, ni los acontecimientos de la historia personal de María Zambrano, ni de la historia de todos aquellos que tuvieron que exiliarse en el 39. No se me confunda. No es que esté olvidando que entre el río humano que coleteaba hacia la frontera francesa en enero de 1939 estaba María Zambrano. Ni que apenas hacía dos años que había vuelto de Chile, precisamente «porque la guerra estaba perdida». Ni que con la derrota se iniciará un periodo marcado por el dolor de la huida para todos los vencidos. Pero el simple y llano relato de los acontecimientos que atañen al exilio del 39, no conseguirían decir toda la verdad sobre el exilio en María

Zambrano. La historia, siguiendo a María Zambrano, no puede ser nunca la recopilación de los hechos que acaecieron en una determinada época.

Si se estudia la historia, ya sea la de un pueblo o la de alguna persona en particular, es porque de ella se puede derivar algo: la libertad. "Transformar el acontecimiento en libertad"<sup>6</sup>, esa es la función de la historia y lo que, en último término, puede legitimarla.

Al partir de este enfoque, desde el cual intentaremos analizar qué conlleva el reflejo en sus textos la experiencia del exilio y la cuestión de la mujer, se nos presenta desde el principio mismo del planteamiento una problema insoslayable: cómo distanciarse del hecho obvio de que María Zambrano fue una exiliada y de que fue una mujer, por qué renunciar a entender el exilio y la cuestión de la mujer desde su biografía, siempre interesante. La razón de esta renuncia, que en ningún caso será una traición, no podemos sino encontrarla en la fidelidad a los propios textos de la autora: si reducimos el problema del exilio y la cuestión de la mujer a meros acontecimientos, estaremos sustrayendo la libertad que de ellos trasciende. Decir que María Zambrano escribió tal o cual cosa sobre el exiliado o sobre la mujer porque ella fue una exiliada y una mujer, sería cerrar sobre sí mismos esos escritos, sin permitir que de ellos se desprenda nada -y, en el fondo traicionarlos. Y creemos que no sucede así, que los textos en los que trata sobre el exiliado y sobre las mujeres emanan ciertas "figuras" que posibilitan un "Incipit vita nova"<sup>7</sup>.

### Notas:

<sup>4</sup> Omitimos expresamente el uso del infinitivo *transitar* y *equivocar*, porque en la primera forma verbal es incorrecto utilizar el reflexivo *se*; mientras que la segunda suele utilizarse con el reflexivo *se*. Si se pudiera, utilizaríamos *transitar-se* puesto que la acción recae sobre el sujeto mismo y tendría así un significado más próximo a *metamorfosear-se*.

<sup>5</sup> *Historia de la filosofía española*, trad. Ana Sánchez, Barcelona: Anthropos, 1985 (pp. 310-313).

<sup>6</sup> Cfr. *El hombre y lo divino*, pp. 231-232.

<sup>7</sup> Expresión utilizada en múltiples ocasiones por María Zambrano, en especial en *Claros del bosque*.

### 3. El "Sujeto" errante.

Este problema es mucho más radical de lo que podríamos suponer. De hecho, en el fondo de este enfoque se está poniendo en entredicho al propio sujeto que escribe, al propio autor de la obra: ¿qué importa quién escribe?<sup>8</sup>. Por lo tanto, no nos interesará partir del hecho evidente de que María Zambrano fuese española, ni que fuera una exiliada, ni tan siquiera que fuese mujer. Precisamente esto nos permitirá investigar cuáles son en el discurso de María Zambrano los "emplazamientos aprovechables para posibles sujetos"<sup>9</sup>. (Me viene a la memoria ahora una anécdota que María Zambrano recuerda en un artículo periodístico de 1987, donde cuenta que un catedrático le ponía sobresalientes y hasta matrículas por su "honestidad"<sup>10</sup>. No le vayamos ahora a poner matrícula de honor en filosofía, que sin duda la merece, por alguna de estas "honestidades").

Ya desde el inicio del artículo *Por qué se escribe*<sup>11</sup> María Zambrano defiende que el escribir -y donde se dice 'escribir' se podría perfectamente decir 'filosofar'<sup>12</sup>- se da desde la más radical soledad: "escribir es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo". Pero si quien escribe no quiere caer en el entusiasmo consigo mismo, en el ensimismamiento, a esta soledad hay que hacerla dentro de uno mismo. "La soledad -dice María Zambrano- es una conquista metafísica"<sup>13</sup>. El individuo, ya sea hombre o mujer, nunca está solo. Es necesario así poner en suspenso todas las propiedades que caracterizan al sujeto, para -y sólo después- poder reconocerse como un sujeto otro, como reflejados "en otro espejo"<sup>14</sup>. Es decir, se escribe desde una soledad auténtica, en la que no hay nada que pueda sujetar, ni tan siquiera el "sí mismo"<sup>14 bis</sup>. Así pues, el escritor está en aquel punto en el que aún no está constituido el sujeto, más bien será de lo escrito desde donde podrá surgir, si cabe, algún

#### Notas:

<sup>8</sup> Se podrá apreciar que estamos siguiendo las propuestas de M. Blanchot en *El espacio literario* o la teoría de "la muerte del autor" de R. Barthes expuesta en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Pero especialmente seguimos el análisis que M. Foucault hace de este problema en el artículo *¿Qué es un autor?*, donde propone "dar la vuelta al problema tradicional. No plantear ya la cuestión: cómo la libertad de un sujeto puede insertarse en el espesor de las cosas y darle sentido, cómo puede animar desde el interior las reglas de un lenguaje y abrir paso así a los objetivos que le son propios. Sino plantear más bien estas otras cuestiones: cómo, según qué condiciones y bajo qué formas algo así como un sujeto puede aparecer en el orden de un discurso" (M. Foucault: *¿Qué es un autor?*; Creación: estética y teoría de las artes, 9 -pp. 42-68).

<sup>9</sup> Op. Cit., p. 60.

<sup>10</sup> Cfr. *Las palabras del regreso*, pp. 29-34. En este artículo, "Un liberal", de un modo irónico, María Zambrano explica que en su época de estudiante "lo primero que tenía que ser una mujer era honesta"; es decir, "que no tenía relación alguna con hombre casado o soltero...".

<sup>11</sup> "Por qué se escribe", en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid: Alianza Editorial, 2ª reimpresión, 1993; pp. 31-38.

<sup>12</sup> Cfr. *Las palabras del regreso*, art. "Del escribir" pp. 115-118. ("La diferencia específica del escritor es difícil de establecer, sobre todo con respeto a lo que parece ser su género próximo, el filósofo. Pues que ningún filósofo se ha realizado como tal sin ser un gran escritor. Ninguna obra clásica de filosofía deja de ser al mismo tiempo, y se diría que por esencia y no por añadidura, una obra literaria de primer orden.")

<sup>13</sup> Cfr. *El hombre y lo divino*; p. 268 ("La soledad es una conquista metafísica, porque nadie está solo, sino que ha de llegar a hacer la soledad dentro de sí, en momentos en que es necesario para nuestro crecimiento. Los místicos hablan de la soledad como algo por lo que hay que pasar, punto de partida de la 'ascesis', es decir, de la muerte, de esa muerte que hay que morir, según ellos, antes de la otra, para verse, al fin, en otro espejo.")

<sup>14</sup> Cfr. "Por qué se escribe" en *Hacia un saber sobre el alma*. ("Y es que el escritor no ha de ponerse a sí mismo, aunque sea de sí de donde saque lo que escribe. Sacar algo de sí mismo es todo lo contrario que ponerse a sí mismo. Y si el sacar de sí con seguro pulso la fiel imagen de transparencia a la verdad de lo escrito, el poner con vacua inconsciencia las propias pasiones delante de la verdad, la empañá y obscurece." p. 35). Además de esta cita otras de este mismo artículo servirían para corroborar lo dicho.

posible sujeto: "Sólo da la libertad quien es libre"<sup>15</sup>.

#### 4. El sujeto ensimismado.

El equívoco más grave que puede cometer un escritor es ensimismarse, querer mostrarse a sí mismo. Y lo que intentamos defender es que María Zambrano no incurre en ese error. Ni en los textos que tratan sobre el exiliado, ni en los que trata sobre la mujer. Ni tan siquiera en los llamados escritos "auto-biográficos". *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*<sup>16</sup>, considerado la autobiografía por excelencia de María Zambrano, tiene una particular 'presentación'. En ella se nos explica que alguien le comentó haber visto en la prensa que una institución de Ginebra había convocado un premio literario para "una novela o una biografía" y que "sin saber por qué" empezó a escribirlo de un tirón. Lo que nos sorprende es que en esta 'presentación', fechada en septiembre de 1988, María Zambrano nos diga: "No he cultivado el género de la novela, aunque sí algo de biografía, tratándose de otros, nunca de la mía". Y ese OTROS precisa ser matizado. Por eso no creemos que sea un acto de vanidad el que María Zambrano recuerde -al final de esta misma 'presentación'- que Gabriel Marcel, miembro del jurado de dicha

convocatoria, disienta de la decisión tomada, que había concedido el premio *ex aequo* a otros dos autores, "porque el texto que merecía el premio era *Delirio y destino*, no sólo por su calidad sino también porque era la historia de Europa y de lo que significa la universalidad de España"<sup>16 bis</sup>.

Si creemos, como creemos, que los textos de María Zambrano tienen un interés es, sin duda, por su contenido filosófico: porque en ellos se nos presentan problemas universales que pensar. Y así, todo este rodeo que venimos haciendo, no tiene otra intención que la de situarnos en una determinada perspectiva de lector, en la que los textos de María Zambrano no revelan una voz que determina maneras de ser, sino una voz que posibilita modos de ser -una voz que da que pensar. Y así, esa que hemos llamado la *dama errante*<sup>17</sup> no será nunca una mera "dama, divina y mediadora", la que se ha extirpado todo su espíritu creador<sup>18</sup>.

Así, desde esta perspectiva se intentará situar la cuestión de lo femenino en los textos de María Zambrano: no ya buscando esa voz femenina, universal y diferente<sup>19</sup>, que pudiese sustentar sus escritos; sino deteniéndonos en las potencialidades que pueden derivarse de voces, como la de Nina, como la de Antígona,...

Fijémonos, pues, en eso.

#### Notas:

<sup>15</sup> Op.Cit. p. 37.

<sup>16</sup> *Delirio y destino (los veinte años de una española)*; Madrid: Mondadori, 1989 ("Presentación", pp.11-12). Respecto a este libro, tampoco creemos que sea gratuito el hecho de que María Zambrano utilice la 3ª persona del singular femenino.

<sup>17</sup> Una vez llegados aquí, la "dama errante" a la que venimos haciendo referencia, no puede ser sino esa voz generadora de potencias, esa voz de la Razón Poética.

<sup>18</sup> "Eloísa o la existencia de la mujer" en *María Zambrano: nacer por sí misma*, Elena Laurenzi, Madrid: horas y HORAS, 1995. ("...Tal parece ser la verdadera situación entre el hombre y la mujer cuando Eloísa viena al mundo; y ella no la aceptó, rebasándola por su pasión. La mujer real que era el soporte de la 'dama' tenía unas virtudes muy simples que cumplir; tan sólo no desmentir la imagen con su realidad; no destruir la identidad de la imagen con el suceso de su vida. En suma, permanecer quieta. La quietud ha sido la exigencia que el varón ha ejercido sobre la mujer en su activa vida. Quietud que traducida a la moral es honestidad y, en su realidad metafísica que envuelve la estética, pureza". p. 100).

<sup>19</sup> "... el único mito a disipar es el de la existencia de una perspectiva -voz/lectura- universal de la mujer"; en "Lectura del silencio-silencio de la lectura: la voz femenina en la poética hispanoamericana"; *Heteroglossia*, n° 4, 1992, p.26.Citado por Alicia B.Bonilla en "La transformación del logos"; *Asparkia. Investigación feminista*, n° 3 (Monográfico: María Zambrano), 1994, p. 13.

### 5. Antígona o la Flor de Loto.

Tiene la ANTÍGONA, figura por excelencia de la aurora, que nos presenta María Zambrano una peculiar relación con lo que ella llama LOS BIENAVENTURADOS (cuyo máximo representante sería el *exiliado*): ambos son como la Flor de Loto. En *El hombre y lo divino* María Zambrano nos dice que los bienaventurados vienen a ser al modo de la flor de loto<sup>20</sup>. Sin atender al simbolismo que esta peculiar flor pueda tener para las culturas orientales<sup>21</sup>, y centrándonos en el origen greco-latino de nuestra cultura, nos encontramos, al menos, que tanto Homero en la *Odisea* como Ovidio en *Las metamorfosis* hacen referencia a esta flor de loto.

Ovidio en el Libro IX (324-393) de *Las metamorfosis*<sup>22</sup> nos cuenta, en boca de su hermana, la transformación que sufre Dríope al acercarse a un estanque para recoger una flor para su hijo, sin saber que en esa flor, la ninfa Lotis se había transformado en ese nenúfar.

“Mi hermana ignoraba este hecho; y cuando, aterrorizada, quiso volver sobre sus pasos y alejarse de las ninfas, a las que había venerado, sus pies echaron raíces en el suelo; luchó por arrancarlos, pero no se movía más que la parte alta de su cuerpo; desde abajo, poco a poco va

creciendo la corteza y va cubriendo su vientre.”

[...] “No tenías nada que no fuera árbol sino el rostro, ¡oh querida hermana!; las lágrimas humedecen como un rocío las hojas de su cuerpo; mientras su boca puede todavía dar paso a su voz, lanza al aire tales lamentos: ‘Si existe para los desgraciados alguna fe en sus palabras, yo juro por los dioses que no he merecido este trato monstruoso y que sufro un castigo sin culpa alguna. He venido siendo inocente; si miento, que, árida, pierda las hojas que tengo y sea cortada a golpes de hacha y quemada. Sin embargo, sacad a este niño de las ramas maternas, entregadlo a una nodriza y haced que a menudo beba la leche bajo mi árbol y que juegue debajo de él. [...] No puedo hablar más ya, una tierna corteza se alarga sobre mi cuello blanco, y mi cabeza desaparece bajo una alta copa. Apartad las manos de mis ojos; es inútil que me tributéis los supremos deberes; dejad a la corteza que sube a cerrar mis ojos moribundos’. Había dejado al mismo tiempo de hablar y de existir; y durante bastante tiempo después de transformarlo su cuerpo, las ramas nuevas conservaron el calor de su cuerpo”.

#### Notas:

<sup>20</sup> Cfr. *El hombre y lo divino*, p. 311.

<sup>21</sup> El simbolismo de la flor de loto en las culturas ‘orientales’ presenta numerosos aspectos, aunque todos ellos bastante relacionados: la flor de loto es un nenúfar que tiene la particularidad de abrirse en la superficie de las aguas estancadas. Simboliza la pureza, ya que surgiendo de aguas pantanosas no está manchada por ellas y también es símbolo de la plenitud espiritual. Se suele considerar que el corazón es también un loto cerrado, lo que viene a simbolizar la realización de las posibilidades contenidas del ser. También viene a simbolizar el nacimiento y los renacimientos, o como la ofrenda más sagrada. Como igualmente es el símbolo de la armonía cósmica, pues el loto tradicional tiene ocho pétalos, como el espacio ocho direcciones. No nos vamos a detener en analizar una posible relación entre María Zambrano y la cultura oriental, que sin duda podría establecerse (como por ej. que ocho son las bienaventuranzas según las Sagradas Escrituras). Para esta lectura ver, Maillard, Ch.: *El monte Lu en lluvia y niebla. María Zambrano y lo divino*, Málaga: Diputación Provincial, 1990.

<sup>22</sup> *Las metamorfosis*; Ovidio, Trad. Vicente López Soto, Barcelona: Editorial Juventud, 1991 (pp. 189-191).

## Papeles del «Seminario María Zambrano»

Mientras Homero, al contarnos uno de los viajes de Ulises, narra en el canto IX (80-105) en boca del protagonista de la *Odisea*<sup>23</sup> :

“Nueve días derivé con mortíferos vientos del norte sobre el mar rico en peces. Al décimo vimos la tierra de los hombres lotófagos, gente que sólo de flores se alimenta; salimos del barco e hicimos la aguada y a comer nos pusimos al pie de las naves ligeras. Cuando ya de comer y beber estuvimos saciados, elegí dos amigos que fueran a ver, tierra adentro, qué varones había en el país. Un heraldo también envié en su compañía y, a poco de emprender el camino, vinieron a dar con los hombres que se nutren del loto y que, en vez de tramarles la muerte, les hicieron su fruto comer. El que de ellos probaba su meloso dulzor, al instante perdía todo gusto de volver y llegar con noticias al suelo paterno; sólo ansiaba quedarse entre aquellos lotófagos, dando al olvido el regreso, y saciarse con flores de loto. Los conduje a las naves por fuerza y en llanto; los arrastré por la cala y, al fin, los dejé bien atados debajo de los barcos. Al punto ordenaba a mis otros amigos que embarcaran aprisa en las rápidas naves, no fuese que comieran algunos la flor y olvidasen la patria”.

No vamos a detenernos en analizar las posibles relaciones que pudieran aparecer entre el simbolismo utilizado por Homero y Ovidio en estos fragmentos, y los textos en los que María Zambrano trata la figura de Antígona,

que sin duda los hay (y valga aquí, como botón de muestra, lo que dice en el “Delirio primero” de Antígona: “me incliné sobre el suelo y arranqué unas flores azules, de ese color tan dulce y violento, y al levantarme ya tus ojos habían cesado de hundirse en el secreto de mi nuca. Y me parecía que no tenía cuerpo, que me hundía en un frío sin nombre y me encogía, ¡qué pálida, cenicienta, fea, sí, fea, debí de estar en ese instante, porque tuviste miedo -¿te has puesto enferma?- y hubiera huído si mis pies no se hubiesen hundido en la tierra!...”<sup>24</sup> ). Si existe una relación entre las narraciones de Homero y Ovidio y las figuras zambranianas de *Antígona* y los *bienaventurados* no puede ser meramente simbólica.

De Ovidio nos queda el clamor de Dríope: “Si existe para los desgraciados alguna fe en sus palabras, yo juro por los dioses que no he merecido este trato monstruoso y que sufro un castigo sin culpa alguna. He venido siendo inocente; si miento, que, árida, pierda las hojas que tengo y sea cortada a golpes de hacha y quemada”. Y de Homero la actitud del pueblo de los lotófagos que no dan muerte a aquellos que han penetrado en sus tierras, sino que les hacen comer la flor de loto, condenándolos así a sufrir el olvido de la patria. Porque estas son las dos características de la estirpe que Antígona funda: de los inocentes que han padecido un castigo y que, para poder seguir en la vida son condenados a padecer el olvido. Olvido que no debe confundirse con la desmemoria, puesto que, si el olvido es creador, la desmemoria, al borrarlo todo, no deja cabida ni a la posibilidad de crear<sup>25</sup>. Así, Antígona no es espejo en el cual se reconocen las “grandezas” y la fortaleza de un sujeto. Eso sería precisamente lo contrario de la “anagnóresis”<sup>26</sup>

### Notas:

<sup>23</sup> *Odisea*; Homero, Trad. José Manuel Pabón, Madrid: Planeta-DeAgostini, 1995 (pp.142-143).

<sup>24</sup> «Delirio de Antígona» en *María Zambrano: Nacer por sí misma*, Elena Laurenzi, Madrid: horas y HORAS, 1995, (p.74).

<sup>25</sup> Cfr. *Las palabras del regreso*, p. 33.

<sup>26</sup> «La tumba de Antígona», en *Senderos*; Barcelona: Anthropos, 1989 (pp.201-221).

que la caracteriza -utilizando el término propio de María Zambrano. La fortaleza que se desprende de esta figura de Antígona radica, según creemos, es que en ella se reflejan las potencialidades de las "servidumbres", de las fallas tenidas que padecer.

En el agudo artículo "A propósito de la *Grandeza y servidumbre de la mujer*", María Zambrano se queja de que el autor de *Grandeza y servidumbre de la mujer*, no halla analizado el fracaso de la mujer.

"La gravedad estriba en que el autor no nos ofrece una fe última, un porvenir para la mujer, en que no aparece lo que la mujer vaya a ser en esta difícil etapa de su historia que coincide con la de mayor turbiedad histórica que se haya conocido. No cabe duda de que la mujer está en el umbral de un mundo nuevo en el cual ha de recoger todos los intentos frustrados, todo el fracaso, diríamos, de cierto tipo de mujer habido en otras épocas. La grandeza se realizó, pero ¿y el fracaso? No sabemos cómo el autor piensa y siente al respecto, pero pocas cosas pue-

den afirmar más la fe en un ser, en una cultura, como sus intentos fracasados, como los proyectos deshechos y abatidos, pues en ellos reside el germen de una nueva forma de vida que prematuramente cayó al suelo, y que puede y debe intentar su realización."<sup>27</sup>

Y es precisamente en estos fracasos, en estos equívocos sobrevenidos que se han de transitar, desde donde puede surgir, para la historia, un posible ser naciente: "un sueño construido, una esperanza que se realiza y que se frustra en la medida casi exacta en que se realiza. Y este 'casi' es la rendija, el 'espacio vital' a veces angosto, para la esperanza siempre despierta, para el nuevo ensueño que querrá realizarse"<sup>28</sup>.

Y así, según creemos, Antígona se nos aparece como uno de esos lugares que preceden a las funciones que en ellos se pueden cumplir<sup>29</sup>. Y esa quietud en la que queda Antígona, que después de ser des-terrada tiene que padecer enterrada, es ante todo "tránsito"<sup>30</sup>. Pues lo que anida esa quietud es pura posibilidad<sup>31</sup>.

Vocación, "Antígona", que es el mismo florecer de la razón poética<sup>32</sup>.

### Notas:

<sup>27</sup> María Zambrano; «A propósito de la *Grandeza y servidumbre de la mujer*», en *Sur* n° 150, Buenos Aires: 1947 (p. 66).

<sup>28</sup> Cfr. *El hombre y lo divino*, p. 295.

<sup>29</sup> Cfr. "La tumba de Antígona" p. 207 ("Pues que todo parece indicar que los lugares precedan a las funciones que desde ellos se cumplen. Y así la función de mediador se encuentra hoy sin lugar adecuado alguno para ejercerse, y el llamado a ese oficio sin medio alguno de visibilidad. Y así, la acción primera, originaria y primordial de los primeros mediadores y, huelga decirlo, del Mediador sobre todos, ha debido de consistir en abrir espacios, el espacio propio, cualificado donde su función divina en un caso, humana mas siempre bajo el peso de lo divino en algún modo, se verifica. La ambigüedad en la actitud y el gesto; el equívoco, la tergiversación en la palabra es la primera barrera que circunda el espacio donde la acción y la figura del mediador aparecen.").

<sup>30</sup> Op.Cit., p. 205.

<sup>31</sup> Op. Cit. p. 216. ("...la tumba, lugar entre todos apropiados para la germinación. Aquí, en la historia, lo que en estas tumbas de la verdad germina y trasciende no es visible sino en ciertos momentos, en otros no se ve y nunca acaba de verse. Nunca puede ser apresada en un concepto, ni en una idea como toda verdad en estado naciente"). Ver también "La vida en crisis" en *Cfr. Hacia un saber sobre el alma* ("La inquietud nos hace apercibirnos de lo que bajo ella solemos tener, ese núcleo de calma, de quietud, esa especie de raíz de nuestra alma, sobre la que nos alzamos, olvidándonos. Pues la vida, si es lucidez, vigilia, es también olvido, falta de cuidado: abandono". p. 86).

<sup>32</sup> Op. Cit. 218 ("La vocación de Antígona -o la vocación 'Antígona'- precede a la diversificación entre filosofía y poesía, está antes del cruce en el que el filósofo y el poeta con tanto desgarramiento en algunos se separa.").